

ENSAYO DE REVOLUCION Y GUERRA CIVIL

Es muy poco probable que al mismo Mao Tse-tung, el gran teórico—hombre de acción también—de la guerra de guerrillas de nuestro tiempo y autor después de la idea de movilizar al campo para la lucha contra la ciudad, se le hubiese ocurrido pensar en la ciudad para convertirla en el escenario de una lucha de acusado matiz guerrillero. Como ha sucedido tantas veces en el pasado, en la revolución y en la guerra hay mucho que surge de improviso y o se aprovecha—para lo cual hace falta siempre una dirección alerta y genial al mismo tiempo—o la ocasión se desperdicia para siempre. Y la idea de convertir a las ciudades de los Estados Unidos en teatros adecuados para la acción guerrillera es algo que parece haber surgido de pronto, aun cuando las condiciones que lo han hecho posible hubiesen estado en gestación y desarrollo durante años, un par de generaciones por lo menos.

Porque, como se advirtió en la página editorial de *The Times*, de Londres, en un comentario sobre los sangrientos y devastadores acontecimientos de este último verano, «lo que para los norteamericanos debería ser tan aterrador es el hecho evidente de que los desórdenes ya no son explosiones esporádicas»; se trata, en realidad, de una situación epidémica. Apenas queda un norteamericano que no se incline, según este importante órgano de opinión, hacia el desorden. «Los desórdenes raciales surgen, como el cólera, de condiciones particularmente insanitarias, sociales más bien que físicas, que se sabe existen en la mayoría de las ciudades norteamericanas.»

Las condiciones están, pues, ahí. Desde hace tiempo. Lo cual apunta una vez más, como suele suceder en estas o parecidas situaciones, a la posibilidad de que todo eso se hubiese podido evitar. Entre las muchas cosas que podrían llamar la atención está el hecho, en cierto modo singular y extraordinario, de que en un tiempo el F. B. I.—*Federal Bureau of Investigation*, una vasta

y compleja organización de policía secreta federal de los Estados Unidos—había conservado un interés constante y muy activo por los miembros del Comité Coordinador No Violento Estudiantil—S. N. C. C., por sus iniciales en inglés—, no porque, considerados como elementos altamente peligrosos, fuese conveniente no perderlos nunca de vista, como se venía haciendo, desde mucho antes, con los comunistas y los *gangsters*.

Los miembros de esta organización, que en un principio tuvo la no violencia como una de sus características básicas, y a la que no sólo prestaron muchos blancos una ayuda financiera decidida, sino que en bastantes casos incluso engrosaron las filas de sus miembros movilizados para el pago de las cuotas y la participación en manifestaciones, *sit-ins* (tomar asiento, aunque fuese en el suelo, en actos de resistencia pasiva contra cualquier medida de segregación y discriminación racial), campañas en favor de la inscripción de negros en el censo electoral, etc., pero haciendo siempre hincapié decidido en la no violencia, incluso hasta el punto de cruzarse de brazos y permanecer en actitud de total pasividad frente a la agresión personal, estaban bajo la vigilancia constante del F. B. I. para su protección, sencillamente. Esa vigilancia, o más bien el mantenimiento de información, lo más completa posible, sobre los miembros del S. N. C. C., hoy la vanguardia del movimiento del *Black Power*—poder negro—y de lo que no se sabe todavía a ciencia cierta si se orienta más claramente hacia el lado de la revolución o el de la guerra civil, pero que en cualquier caso se prepara y organiza para *algo*, para la explotación en la escala más amplia posible de las condiciones especiales y terribles de muchas ciudades de los Estados Unidos, era parte del programa federal de reconocimiento gradual de un principio constitucional con un siglo de existencia. Por él se reconocía y afirmaba la igualdad de derechos y deberes de todos los ciudadanos de la nación. Se trataba sencillamente, pues, de facilitar en la medida de lo posible la labor de investigación resultante de cualquier posible queja de violación de los derechos civiles de la minoría negra en general y de los miembros de esta organización en particular.

En los últimos tiempos se ha ido produciendo, sin embargo, un cambio altamente significativo. Hasta llegar al punto en que el interés fundamental del F. B. I. en su actual labor de observación y vigilancia de los miembros del S. N. C. C., es la seguridad interna de los Estados Unidos. Una seguridad que se ve afectada, sin duda, por una situación como la que se ha venido dando desde el año 1964, para culminar, hasta ahora, en el ya llamado «largo y cálido verano del descontento» en los Estados Unidos.

Los desórdenes raciales resultaron en 1964 en la muerte de ocho personas; el año siguiente, el de Watts, el *ghetto* negro de la ciudad de Los Angeles, los muertos subieron a 35, para bajar de nuevo el año pasado a 12. Y subir después, en forma aterradora ya, el último verano, a casi el centenar. (En los momentos en que se preparaba este resumen de la situación los muertos eran ya 87, pero entre los escombros de manzanas enteras de la ciudad de Detroit se sospechaba que habría algún cadáver, acaso muchos todavía.) Y los heridos, algunos de ellos de mucha gravedad, se contaban por millares. Es posible que lo sucedido este año sea una excepción, pero la tendencia de la situación—de las tensiones raciales—al empeoramiento es evidente por algo más que el testimonio frío de las estadísticas, que hacen pasar los ocho puntos—todos centros urbanos—donde se produjeron choques raciales en 1964 a más de treinta en 1967.

* * *

El hecho de que la cuestión racial, expresada de una u otra manera, arranque de antiguo, en los Estados Unidos, de los días mismos en que empezaron a llegar negros de Africa para ser vendidos como esclavos y dedicarlos a las tareas de cultivo en las plantaciones de las colonias inglesas establecidas en lo que es hoy la parte meridional de la nación—entre los años 1619, el año antes de la llegada del *Mayflower* a las costas mucho más al Norte y más de siglo y medio antes de la declaración de independencia, en 1776, y 1808 fueron llevados a los Estados Unidos unos 400.000 negros, los antepasados de una minoría que cuenta con unos 22.000.000 de individuos y representá alrededor del 11 por 100 de la población total del país—no quita importancia a lo que ha venido sucediendo últimamente. Más bien se la da.

Como tampoco le quita importancia el hecho de que antes de ahora se hayan producido luchas y choques de ensangrentada brutalidad. Lo suficiente, en apariencia, para hablar de una situación crónica que, por su misma naturaleza, pudiera estar llamada a continuar así de manera indefinida. Entre los muchos y muy graves sucesos que tiñen de sangre y horror las relaciones raciales en los Estados Unidos podrían llamar la atención dos. Uno, la Rebelión Nat Turner, del 21 de agosto de 1831—treinta años antes de la guerra civil o de secesión—en Southampton, Estado de Virginia. Una banda de esclavos negros, sesenta o setenta individuos en total, mandados por Nat Turner, un predicador negro que se creyó llamado a librar a su raza de la esclavitud,

atacó durante la noche varias grandes plantaciones y se entregó a la matanza de blancos.

Antes de que la comunidad blanca tuviese tiempo para movilizarse y hacer frente a un peligro mortal, 55 personas habían sido asesinadas, 24 de ellas niños y 18 mujeres. Los amotinados y unos pocos centenares de esclavos por ellos liberados, huyeron al iniciarse la persecución, y durante un par de semanas permanecieron ocultos. Turner, el cabecilla, fue colgado al fin, al igual que 19 amotinados más.

De aquella insurrección quedó un recuerdo que no es puramente histórico. La actitud de los Estados del Sur frente al esclavo se endureció extraordinariamente como consecuencia de éste y otros muchos actos, aunque, por lo general, de mucha menos gravedad, y la noticia o el rumor sobre la existencia de complots parecidos en muchas otras partes. La campaña en favor de la emancipación de los esclavos, ya una realidad para otros países, naufragó en el ambiente de venganza y rigor, que culminó, entre otras cosas, en la adopción de enérgicas medidas de represión. También por este lado hay antecedentes para una actitud como esa de ahora, encaminada a reforzar el principio de la autoridad para sofocar y castigar lo que ha sido calificado como una «insurrección criminal». Y algunas semanas después de los devastadores choques de Newark y Detroit—otros muchos de menor importancia, pero no menor significación tuvieron por escenario otras ciudades norteamericanas—se habló de la existencia de una «Escuela de Liberación» de Nashville, Estado de Tennessee, en la que una docena de niños negros recibían instrucción y en la que se hacía un hincapié especial en el «odio al blanco», según el testimonio de un capitán de la policía, presentado ante una Comisión de la Cámara de Representantes.

La escuela, cuya maestra, Nancy Woodruff, recibía ayuda de la Oficina de Oportunidad Económica, un organismo federal creado en los días de John F. Kennedy en la Presidencia y colocado bajo la dirección de su cuñado, Sergeant Shriver, había sido forzada sucesivamente a evacuar los terrenos de una capilla episcopal y de un hospital y últimamente se celebraba al aire libre, a la sombra de un gran árbol. Allí, la señora Woodruff hablaba con frecuencia de las rebeliones de los esclavos, muchas rebeliones; «pero la de Nat Turner ha sido probablemente la más importante». Y después de disertar largamente sobre ella y la forma en que muchos blancos fueron muertos, a hachazos, mientras dormían, se volvió en una ocasión hacia el presidente de la organización local del S. N. C. C., Fred Brooks, a quien confió la clase.

Sugirió éste que se hiciese una especie de representación dramática de la Rebelión Nat Turner, y con un muchacho haciendo el papel del predicador y cabecilla insurreccional, dos más el de esclavos amotinados y el resto adoptando la actitud de unos blancos que dormían, dio comienzo la representación de la «obra». El pequeño Turner se movió por allí como quien andaba a tientas—aquella matanza de blancos se había producido durante la noche— en busca de alguien a quien matar, hasta dar con uno. En aquel momento se detuvo y, dirigiéndose a la maestra, preguntó:

—¿Dónde están las armas?

—Haz como que las tienes ya en la mano—contestó ella.

Y en seguida el muchacho se arrastró hacia el sitio donde el otro parecía estar durmiendo, se echó sobre él, lo dio unos golpes con la mano, se levantó y se fue, llevándose a los esclavos que había en la casa, ya liberados.

* * *

El otro acontecimiento histórico ocurrió pasados los años, muchos años, en 1943. En forma que sorprendió por lo inesperada, una calurosa tarde de junio, en los comienzos mismos del verano, se produjeron varios incidentes raciales, choques a puñetazo limpio entre negros y blancos, en un parque de Detroit. Aquellos incidentes, presenciados desde alguna distancia por mucha gente—era una tarde de domingo, el 20 de junio—, fueron la causa de conversaciones y rumores que al esparcirse por la barriada negra que llevaba el nombre grotescamente irónico de «Valle del Paraíso», dieron lugar a que se crease un estado de fuerte emoción. Hacia la medianoche, nutridas bandas de negros se dirigieron a las barriadas inmediatas, ocupadas por los blancos, para entregarse a una labor de destrucción y saqueo. No tardó en llegar la represalia, y durante horas, todo el día y la noche del lunes siguiente, siguieron los ataques y la destrucción, para acabar en un balance de 34 muertos, daños materiales en la propiedad que se calcularon entonces en dos millones de dólares y graves trastornos y dislocaciones, con la pérdida de 100.00 horas-hombre de trabajo en unos momentos críticos, pues la nación estaba en guerra.

Aquella terrible batalla racial produjo enorme impresión, dentro y fuera de los Estados Unidos. Fue una situación de la que en Alemania se intentó sacar buen partido con la preparación de un número especial y clandestino de la revista *Life*, llena de fotografías alucinantes y de relatos intencionados, como bien podría suponerse. Aquel choque, una auténtica batalla, en la que

acabaron interviniendo fuerzas del Ejército federal de los Estados Unidos, la última vez que se iba a producir semejante intervención hasta que de nuevo Detroit fue escenario, veinticuatro años más tarde, de parecidos y mucho más graves desórdenes, ¿cómo se produjo?

De esta tragedia queda un testimonio ampliamente documentado: la obra *The Background and Causes of the 1943 Detroit Race Riot*, de George W. Beatty, un estudio todo lo completo que es posible hacer en casos semejantes, del cual fue parte principal el diálogo sostenido con cientos y cientos de personas, muchas de las cuales tuvieron en los sucesos una intervención y participación directa. «Los negros del Sur—dice Beatty en este libro—, que habían llegado a Detroit con la esperanza de encontrarse allí con la oportunidad económica y la igualdad social, no tardaron en darse cuenta de que el Norte tenía también sus propias restricciones. Muchos de ellos se sintieron desilusionados; otros se volvieron abiertamente militantes.»

El negro había empezado a dejar el campo de los Estados del Sur, donde estaba concentrado desde el tiempo de la esclavitud, para iniciar un nuevo proceso migratorio. El anterior, forzado, le había llevado desde la selva africana a las plantaciones de algodón y tabaco de Virginia, Tennessee, Luisiana y otros Estados más; este otro era—es todavía—un movimiento migratorio del campo a la ciudad, de la aparcería, ahora que la mecanización de la agricultura hace innecesaria la presencia de cientos de jornaleros para recoger el algodón de una gran plantación, al taller industrial que va reduciendo la población negra de los Estados del Sur y haciendo subir mucho la que se concentra en los *slums*, las viejas, miserables, ruinosas a menudo, barriadas de las grandes ciudades del Norte, eso que ahora se llaman los *ghettos* negros (y alguna que otra vez de otras poblaciones «inferiores», de reciente inmigración en masa, como los portorriqueños, que también tienen su propio *ghetto* en Nueva York, El Bario).

En el último medio siglo se ha producido un cambio extraordinario. Hasta los años de la primera guerra mundial, las tres cuartas partes de la población negra de los Estados Unidos era rural, campesina; hoy, esas mismas tres cuartas partes es urbana, está concentrada en los grandes centros industriales de la nación.

Es un proceso que no ha concluido todavía. Hace unos pocos años, en 1960, había sólo tres ciudades norteamericanas en las que la población negra llegaba al 40 por 100 del total. En estos momentos hay dos en las que pasa ya de la mitad, Newark y Washington, la capital de la nación. Para los

comienzos mismos de la década que se acerca se calcula que serán catorce las ciudades norteamericanas con una población negra, concentrada invariablemente en un *ghetto*, o más, de un 40 por 100 del total. Es una situación extraordinaria la que se ha creado, la que se sigue creando y desarrollando.

En la que el negro no acaba de encontrar, aparentemente, lo que por ir en su busca le impulsa a dejar atrás el ambiente en que vivió generación tras generación, dedicado al cultivo de la tierra en condiciones que muchas veces se ha dicho que no son mejores que aquellas en que vivía con anterioridad a la emancipación. De esto ha dejado testimonio abundante Beatty en el libro sobre los choques raciales de 1943. «Los emigrantes de ambas razas (el blanco no menos que el negro), no acostumbrados a la vida urbana y a menudo sin educación, se iban hacinando en los *slums*, donde se veían forzados al pago de alquileres exorbitantes.»

Se estaba repitiendo un fenómeno tan viejo como la revolución industrial, que tuvo sus comienzos en Inglaterra. En condiciones especiales ahora, porque una parte de esta emigración, la mayor parte, estaba formada por una minoría que, además de tener de su lado la desventaja de una condición económica—social también—inferior, tropezaba con la agravante de una marcada diferencia por razón del color de la piel.

«Los negros—añade Beatty—, que llegaron del Sur con temor y odio a la autoridad civil, profundamente enraizados, se encontraron a menudo en situaciones difíciles con los guardias de Detroit. A su vez, los guardias carecían de tacto y a menudo eran abiertamente brutales en el trato con los negros que vivían en *slums*, en los que la delincuencia era un resultado inevitable de las condiciones económicas.»

Para colmo de una situación tensa, en la que sólo, al parecer, faltaba la chispa que la hiciese explotar, se estaba, estaban los Estados Unidos, en guerra. Una guerra que necesitaba como nunca se había necesitado en los Estados Unidos, el esfuerzo de todos: el sacrificio en el campo de batalla y la dedicación absoluta en los puestos de trabajo. Pero la guerra, ¿qué era, qué había sido siempre la guerra en los Estados Unidos? Desde Wilson a Roosevelt, por no ir más atrás, se había ido a la guerra, se estaba entonces en la guerra en defensa de la independencia, la libertad, la democracia, la igualdad.

La guerra brinda grandes oportunidades. Este descubrimiento se ha hecho hace largo tiempo. Y cuanto mayor y más ancha sea la guerra mayores las oportunidades. De esto se han dado cuenta, al fin, algunos de los negros que emigraban hacia el Norte en busca de una mayor oportunidad, económica,

social y política, algo que no acababa de llegarles por el Sur, a pesar de lo que se decía en la Constitución.

«El hecho simple de que el país estuviese en guerra (cuando se produjeron aquellos graves desórdenes de 1943) tuvo un importante efecto psicológico—dice Beatty—. Varios escritores han advertido que durante la guerra nadie es más agresivo que el no combatiente. Quiere demostrarse a sí mismo que es un héroe y, a falta de un enemigo real, busca la víctima propiciatoria que puede llenar el mismo papel.»

Ahora que el país está en guerra otra vez y que otra vez también están de actualidad, en escala mayor que nunca y con consecuencias mucho más dislocadoras también los antagonismos raciales, adquiere una significación especial algo de lo observado por el autor de ese estudio exhaustivo sobre lo que durante muchos años estuvo considerado como el peor de los muchos, cientos y miles de ellos, choques raciales registrados en los Estados Unidos. Ya no, pero todavía en la primera y en la segunda guerra mundiales, los soldados norteamericanos iban al campo de batalla para luchar por la libertad y la democracia formados en unidades blancas y negras. Y una de las cosas que se sabe es corolario inevitable de la separación y segregación racial es que hay diferencia de trato y de algo más entre los miembros de una raza y de la otra.

La integración racial en las fuerzas armadas de los Estados Unidos es un hecho reciente, de los días de Truman en la Casa Blanca. Tan reciente que no se podría decir que ni siquiera aquí la integración es total y perfecta. Una de las argumentaciones más socorridas de este verano es que el porcentaje de negros muertos en el campo de batalla del Vietnam del Sur está muy por encima del porcentaje que establece la relación cuantitativa que existe entre el negro y el blanco en la población del país. O bien la aportación relativa del negro a la guerra es considerablemente mayor que la del blanco (como así es) o las balas del Vietcong tienen una preferencia especial por el negro.

«La guerra no es, evidentemente—dice Beatty—, requisito previo para el desorden, puesto que ha habido un cierto número de desórdenes de menor importancia en los tiempos de paz. Con todo, cuando una guerra está en desarrollo las posibilidades de desorden son mucho mejores... Puede transformar los problemas raciales de larga duración en cuestiones urgentes que son motivo de agrias disputas.»

Basta, sin duda, con lo que va más allá de los simples antecedentes de una cuestión que parece haber entrado últimamente en una fase singularmente aguda. Todo, lo de ahora y lo de antes, es parte íntima y trabada de una misma cosa: del estado de antagonismo, en apariencia irreconciliable, de dos elementos importantes de la población de los Estados Unidos. Un antagonismo que ha dado lugar, dentro y fuera de los Estados Unidos, a que se hable de guerra civil y de revolución y que, además, ha influido de manera profunda y desfavorable en la opinión que se tiene de los Estados Unidos, una potencia que ocupa todavía posiciones decisivas en todo el mundo no comunista. Es mucho lo que ha sufrido su imagen, su prestigio, en particular por el tercer mundo, para no esperar que de ello salgan consecuencias poco deseables.

Sólo por esto habría motivos más que suficientes para clasificar lo que ha venido sucediendo, de fronteras adentro, en este cuarto verano del descontento norteamericano, como uno de los grandes acontecimientos internacionales de la postguerra. No queda sitio ni es necesario siquiera insistir mucho en la trascendencia de unos hechos que son capaces de ejercer una gran influencia, acaso una influencia a la larga decisiva, en las relaciones de los Estados Unidos con un vasto mundo subdesarrollado o en vías de desarrollo en el cual una característica llamativa dominante es el color de la piel, tan distinto del que ocupa una posición dominante en el esquema demográfico de la potencia que esparció su influencia por el mundo para producir la impresión de que su deber y su misión es la defensa de la libertad, la democracia y la igualdad política, social y, por supuesto, de oportunidad económica también.

* * *

Lo que desde el punto de vista internacional produjo una sensación de asombro y de sorpresa, de lo que ni siquiera visto en la pequeña pantalla, en las transmisiones directas que llegaron a Europa gracias al *Telstar*, ese satélite de comunicaciones que es una de las muchas maravillas de estos tiempos, eso que parecía inverosímil, en la mentalidad nacional quedó calcado con impresiones diversas—terribles por la contradicción y la confusión—, y a menudo abrumadoras, como la reflejada en una de los miles y miles de cartas que llegaron a las mesas de los directores de los periódicos que vale la pena, a manera de resumen y síntesis de lo que bien se puede considerar como un

aspecto muy importante, por lo menos, del estado de ánimo de una nación atribulada y confusa, reproducir en su totalidad. Decía la señorita Elizabeth Hoffmann:

«Señor: Porque sólo tengo diecisiete años de edad y no soy más que una persona en un país que tiene millones, lo que tengo que decir no tiene por qué influir mucho en los demás. Pero lo que he presenciado durante la pasada semana me hace sentir pena por ser hasta la pequeña parte que de él soy. He visto a mi ciudad, la quinta en población de los Estados Unidos, reducida en una sexta parte de su superficie original. No por un tornado o una inundación o por cualquier otro acto de la Naturaleza o de Dios, sino por causa de algunas gentes que de alguna manera parecieron perder el último vestigio de salud mental para entregarse al saqueo, el incendio y el asesinato de ciudadanos inocentes. ¿Por qué? No lo sé, quizá alguno lo sepa; pero todo lo que vemos los que no lo sabemos son escombros humeantes, gentes sin hogar y los cadáveres de las víctimas de los cazadores furtivos. No hay nada más aterrador que el ver cómo lo que parecía ser un mundo de cuerdos se volvía de pronto en un grotesco cuadro de horror. Estoy muy triste; ni siquiera puedo empezar a describir lo triste que estoy al ver lo que ha sucedido a mi pueblo. Sentiré orgullo al poder decir a mis hijos que yo vivía ya cuando el primer astronauta subió al espacio y hablarles de los progresos de la ciencia y la medicina, que yo mismo vi avanzar con velocidad increíble; pero será poco menos que imposible para mí mirarles a la cara y decirles que también estaba aquí cuando mi ciudad se volvió loca, cuando la gente se alzó, se llevó todo lo de bueno y de paz que había en mi ciudad y lo destruyó.»

¿No es, lo que sucedió, para hablar de revolución y de guerra, como el soldado de la Guardia Nacional que describió lo que vio en Newark, donde se igualó, y en algunos aspectos se superó también, lo que había sido hasta entonces una especie de timbre de gloria de los negros extremistas del S. N. C. C., un motivo de orgullo por la destrucción que se había hecho en el gran *ghetto* negro de Los Angeles, en 1965, al decir sencillamente: «Es como si fuese una guerra entre dos países»? ¿No es lo que sucedió en Detroit para hacer una comparación como la que hizo el soldado de Infantería de Marina que acababa de volver del Vietnam con lo que por aquellos mismos días estaba sucediendo en los arrozales y la selva, con el Vietcong a la caza de norteamericanos y los norteamericanos a la caza del Vietcong?

Pero, pasado el momento peor, hasta entonces, ¿estaría justificado, en realidad, hablar, como se hizo, de una guerra civil o, más todavía, de una

guerra de guerrillas como la que desde hace años está en curso en el Vietnam o como las que, en mucha menor escala, están en desarrollo por diversos puntos de Hispanoamérica? Acaso sería mejor, y estaría mucho más justificado, además, hablar de choques, de explosiones y desórdenes que forman parte, una parte muy importante, acaso hasta vital, de la vida, de la trama y urdimbre misma, de la sociedad norteamericana. Una sociedad nacida en la violencia, en la violencia desarrollada y que ahora se encuentra, con cara de asombro, que de la violencia puede salir algo más que la creación y la consolidación de una potencia de genuinas dimensiones imperiales.

* * *

Time, el importante semanario norteamericano, dedicó en los días en que era obligado hablar de Newark, Detroit, Milwaukee y docenas más de ciudades norteamericanas, lugar preferente a uno de esos ensayos que se han convertido en una de sus características más atractivas, para hablar en esta ocasión de la «violencia en los Estados Unidos».

Después de tomar como punto de partida la definición de un psiquiatra, Bruno Bettelheim, de un hecho «paradójico, pero inevitable», que «el hombre y la sociedad han surgido a la vez de la violencia y la gentil cooperación», pasaba revista a una situación en la que se dieron hechos todavía recientes, como el de aquel estudiante tejano que se subió, bien armado y pertrechado, a lo alto de la torre central de la Universidad de Austin para dedicarse a la caza de todo el que se ponía a su alcance, trece muertos en unos instantes; del «demente» que asesinó a ocho enfermeras en Chicago, del *folklore* de la violencia, de *gangsters* y, en fin, de la guerra del Vietnam. Para hacer algunas comparaciones sobre el índice de homicidios en algunos países: 5 por 100.000 habitantes en los Estados Unidos (en algunos Estados mucho más alto que en otros, como en Georgia y Alabama, donde se ha llegado al 11 ó en Nueva York, donde se ha pasado del 6, para encontrarse con algunos en los que apenas se cometen delitos de esta clase), 1,5 por 100.000 habitantes en Francia y el Japón; 1,4 en el Canadá; 0,7 en Inglaterra.

Es lo que resumió editorialmente *The Washington Post*, uno de los primeros y más respetados diarios de los Estados Unidos, al advertir: «Desde nuestros mismos comienzos al borde de la soledad, las prioridades de esta nación han sido motivo de turbación. Hasta los más arriesgados entre los pioneros necesitaban pararse a pensar en cuándo sería prudente hacer una

arrancada para limpiar el paraje de indios y cuándo sería más prudente quedarse en casa y vigilar la estacada.» Para llegar a la conclusión después de hablar de la «guerra de liberación» en el sudeste de Asia y de esta otra «guerra de liberación» de que hablan los dirigentes del S. N. C. C., como Rap Brown y Stokely Carmichael, que los Estados Unidos tienen ante sí, en estos momentos críticos, y simultáneamente, «una crisis nacional urgente y una crisis exterior urgente, y nuestros compromisos en ambos casos son claros. Deberíamos hacerles frente a la vez con toda la energía, tiempo y recursos que pudieran ser necesarios. Pero si alguna vez llegase el momento en que no nos fuese posible atender a las dos de manera adecuada y eficaz, entonces no será con vergüenza—y sí con una considerable lógica—llegar a la decisión de afirmar sin dejar lugar a la duda que nuestra primera consideración y nuestra primera prioridad están en la seguridad de la estacada».

Pero esto, ¿es posible cuando hay por el interior docenas, cientos de focos que se pudren y corrompen con tanta agitación y subversión, hasta el punto de poner en serio peligro la salud del ambiente en su totalidad y cuando, además, empiezan a sentirse los primeros balbuceos de algo capaz de llegar a ser mucho más grave y peligroso todavía? Stokely Carmichael, el joven—veintiséis años—negro antillano (procede de Trinidad), adaptado de una manera tan perfecta al ambiente de agitación y violencia que hizo temblar casi a la nación más poderosa de la tierra, que llegó a ser presidente del S. N. C. C. y el creador y exponente más vigoroso, hasta ahora, de la teoría del *poder negro*, fue a La Habana para asistir a la conferencia de la O. L. A. S.—Organización Latinoamericana de Solidaridad—y hablar allí de Che Guevara como una inspiración para los negros norteamericanos y de las «bandas de guerrilleros urbanos» que se están formando en los *ghettos* negros de las ciudades norteamericanas para enfrentarse en «una lucha a muerte» con el blanco norteamericano y con toda su obra. «Los Estados Unidos van a caer—prometió Carmichael, en medio de clamorosos aplausos—, y yo espero ver el día de la caída.»

Tampoco por este lado, como por el de la guerra civil, hay, sin embargo, motivos serios para pensar en que la situación pudiese ser crítica, ni hoy ni dentro, es posible, de todos los años que Carmichael, todavía tan joven, pudiese vivir. Pero si bien produce, en el ambiente nacional, una sensación de cierta tranquilidad confiada el saber que, después de todo, la violencia es una característica acusada de la vida norteamericana, desde sus comienzos, por lo que, violencia de más o violencia de menos, apenas podría llegar a

participar de la calidad de las cosas realmente decisivas, ¿no será posible todavía descubrir la presencia de algo nuevo y, acaso por ello, inquietante también?

* * *

El doctor Nathan Hare, profesor adjunto de sociología de la Universidad de Howard (negra), habla del proceso de integración, que ha hecho grandes progresos en los Estados Unidos en los últimos años, en particular desde el momento en que se dispuso el fin absoluto de la segregación racial en las fuerzas armadas—que en cierto modo sigue existiendo por el procedimiento de las dificultades cuando no de la exclusión del negro de ciertos puestos y actividades y la preferencia que tiene para otros, como el servicio en los comedores de la oficialidad de la Marina—, para decir:

«Los negros norteamericanos llegan de manera creciente a la conclusión de que la integración (racial) no es viable en parte alguna y, si se piensa en ello, ni siquiera es deseable su integración en una sociedad corrompida y tambaleante. Esas gentes creen que la integración no debería suponer la desintegración de la raza negra, sino el derecho a la existencia en un plano de igualdad y con una categoría distinta. Esto se conoce mejor como el poder negro: la oposición insobornable a los males permanentes del poder blanco por todos los medios disponibles.»

En cada momento y circunstancia resulta tentador, irresistible casi, pensar en la influencia de la guerra—la guerra del Vietnam—para recordar lo que ya advirtió el autor de lo que es hoy un punto clásico de referencia sobre aquella terrible lucha entre negros y blancos en Detroit hace casi un cuarto de siglo. Porque de otra manera costaría trabajo encontrar una explicación satisfactoria para ese fenómeno de radicalización a marchas forzadas de lo que hace sólo unos pocos años prometía el alcance de grandes, memorables, conquistas por el procedimiento de la no cooperación y la resistencia pasiva, sencillamente, del negro a seguir aceptando lo que por la fuerza de la costumbre y el control absoluto de la autoridad era imposición del blanco norteamericano: todo un sistema de costumbres, normas, procedimientos y una larga obra legislativa también que ha pasado a la Historia con el nombre oprobioso de *Jim Crow Laws*, la consecuencia de una vasta tarea dedicada a mantener durante generaciones y con una eficacia prácticamente absoluta la segregación y separación racial en los Estados del Sur. Por mucho y sensacio-

nal que fuese el progreso de una sociedad democrática, consciente y decidida siempre a hacer en casa lo que aconsejaba que se hiciese por el exterior, para asegurar la libertad y felicidad de todos los pueblos, siempre haría falta, o parecería conveniente, buscar algo que ayudase a explicar y comprender el cambio extraordinario de actitud que se ha producido, en cosa de unos años, entre la minoría negra de los Estados Unidos. Y, a falta de otra cosa más satisfactoria, ¿por qué no pensar en la guerra del Vietnam?

Seguramente producirá alguna impresión en el negro que se pone el uniforme como recluta forzoso para ser enviado al Vietnam el darse cuenta de que ha salido de un *ghetto* donde las condiciones de vida tienen poco de envidiables para luchar a tiros, morir tal vez en el empeño, con el ánimo decidido a que el pueblo del Vietnam del Sur pueda seguir siendo libre y pueda decidir, libremente y democráticamente, de su futuro destino. En cualquier caso, es evidente que la guerra del Vietnam está siendo utilizada, en escala creciente, para dos cosas: como argumento devastador contra las condiciones de vida a que se ve sometida la minoría negra en los *ghettos* de las ciudades norteamericanas y como campo de entrenamiento para la lucha que se prepara o que se asegura que se está preparando.

Dice el doctor Nathan Hare: «(Los) esfuerzos por engatusar la alianza negra para la guerra del Vietnam (para) luchar y morir en una tierra extraña por una libertad que (los negros) no tienen en su propia tierra se les antoja ser algo espantoso. Cuando cínicamente se hace el elogio de su 'valor' en el campo de batalla no se siente orgulloso: siente más bien que *los Estados Unidos son el verdadero campo de batalla del negro.*»

Entre los negros norteamericanos está de moda decir que las fuerzas federales, casi cinco mil hombres, que fueron enviadas a Detroit para hacer frente a una situación ante la cual hicieron demostración de impotencia—y de terribles excesos—los guardias locales y las fuerzas de la Guardia Nacional enviadas por orden del gobernador del Estado de Michigan, estaban a punto de ser enviadas al Vietnam. Con la conclusión evidente de que, de tratarse de una cuestión de prioridad, lo urgente estaba en Detroit, no en el Vietnam. ¿No sería ésa la mejor manera, en nuestros días, de defender la «estacada» a que aludió ese gran diario de Washington?

En cualquier caso, quizá empezase a poder hablarse con la misma facilidad y naturalidad de que tan extraño sería, para la mayoría blanca norteamericana, una cosa como la otra: el guerrillero del Vietcong, contra el cual se vienen realizando, desde hace años, operaciones de *search and destroy*, con

violencia, que es lo que suele tener la destrucción por consecuencia, y el negro de cualquier *ghetto* norteamericano.

Una actitud que, de hecho, es compartida plenamente por el negro. *France Presse*, la Agencia francesa de noticias, contrató los servicios de un negro, William Gardner Smith, que llevaba desde hacía quince años la vida de un «exilado voluntario» norteamericano en Francia, para mandarlo a Detroit. Y cuando de nuevo, al cabo de tanto tiempo, se encontró al fin en su país, lo que más le sorprendió fue el advertir que los negros de los Estados Unidos ya no se consideran norteamericanos. Son unos extraños en su propia patria que parecen estar dispuestos, inclinados por lo menos, a luchar contra lo que no es de ellos, a destruir lo que les parece serles hostil.

Rap Brown, desde el pasado mayo jefe nacional del S. N. C. C., que ha hablado del presidente Johnson como de «el mayor bandido—*outlaw*—de la Historia» y que ha ido de una parte a otra prometiendo quemar todo lo que no se doblegase ante el poder negro, ha dicho que son los negros los que han hecho los Estados Unidos y son los negros los que los van a quemar. Y Carmichael habló por Radio La Habana del «imperialismo yanqui» (que) ha existido demasiado tiempo», para prometer, a continuación: «Estamos dispuestos y listos para destruirlo desde dentro. Confiamos en que vosotros (los delegados que asistieron a la conferencia de la O. L. A. S.) estaréis listos para destruirlo desde fuera.»

Y parece evidente que ha habido algo más que cortesía en el ambiente que dio muestras de acoger con entusiasmo una demostración semejante de solidaridad de aquella representación del negro norteamericano con la lucha que de una manera u otra está planteada por Hispanoamérica contra los Estados Unidos.

* * *

Hay dos cosas fundamentales que distinguir—y advertir—en un ambiente cargado de emoción y pasión, de incomprensión y de brutalidad. Una está resumida en lo que Harry Schwartz, de *The New York Times*, define como el *apartheid* norteamericano, esa segregación racial que se ha convertido en el rasgo esencial y característico de la vida sudafricana en los momentos mismos en que por los Estados Unidos más resuelto y animoso parecía ser el propósito nacional de acabar con lo que de hecho había sido una política de segregación racial de larga duración, toda la duración del país desde la llegada del

primer cargamento de negros a sus costas cuando aún le faltaba mucho para convertirse en un Estado independiente. Aunque durante mucho tiempo pasase enteramente inadvertida, diluida, como se encontraba en la cuestión entonces dominante: la de la esclavitud, que reducía al negro a una posición más próxima a la de un animal doméstico que a la de un ser humano. Esta situación nueva, de *apartheid* se ha venido a destacar como «una gran fuerza en la vida norteamericana por vez primera este verano—dice Schwartz—. Si se hiciese más fuerte, podría incluso llegar a ser una amenaza para la existencia de los Estados Unidos». Nota dominante, sin duda, de este aspecto de la cuestión es el odio de negro al blanco, un odio que se traduce ya en un movimiento de resistencia desesperada a toda tentativa y a todo programa de integración. Y la integración racial, síntesis, a la vez que ideal, del movimiento de los derechos civiles que alcanzó un punto culminante y esperanzador de desarrollo en los días de John F. Kennedy en la Casa Blanca, estuvo considerada—lo está todavía—como la única solución posible, no catastrófica, de la cuestión, ya terrible, de la coexistencia pacífica del negro y el blanco en los Estados Unidos.

Aunque no sea ésta la vez primera que se habla de la separación absoluta de razas en los Estados Unidos, de la formación, en definitiva, de una nación negra—Negrónia, Negrolandia, etc.—, con una existencia absolutamente separada e independiente, sólo ahora, cuando en Washington y, sobre todo en Nueva York, sede de las Naciones Unidas, se ven a tantos negros embajadores, delegados y de muchas otras maneras representantes de países negros independientes, la aspiración, por un lado, y el odio, por el otro, que buscan para el negro norteamericano una existencia separada del todo de los «diablos blancos», la cuestión adquiere el carácter y la precisión de las cosas que se pueden lograr y cuyo logro se describe como algo francamente deseable.

Hasta para negros que no habían podido o querido pensar en una existencia separada la cuestión empieza a tener especial aliciente. Porque una nación negra norteamericana independiente, ¿podía ser otra cosa que una idea poderosamente atractiva para una minoría negra norteamericana especialmente formada de que habrían de salir presidentes, ministros, embajadores, alcaldes, generales y todo lo demás que forma parte inseparable de la vida de una nación independiente y soberana?

La otra cuestión fundamental en la que vale la pena fijar aquí alguna atención fue definida con precisión y brevedad por *The Economist*, el influyente semanario británico que tiene como característica dominante el apoyo

y sostenimiento de todo lo que se podría considerar como «la posición norteamericana», con mayor fuerza y persistencia en los casos y actitudes en que llega a parecer más impopular o más irrazonable. Desde la guerra del Vietnam hasta la insistencia en mantener el dólar como la piedra angular de todo el sistema monetario internacional del mundo no comunista—y eso porque el comunismo se ha situado fuera de su jurisdicción e influencia—, apenas es posible pensar en nada que con mayor consistencia y constancia hubiese defendido hasta ahora la política exterior de los Estados Unidos. Es importante tener esto en cuenta porque, ante el temor, la perspectiva quizá, a consecuencias dramáticamente desfavorables del actual y ensangrentado panorama racial norteamericano, resulta fácil, irresistible incluso, desviar hacia el lado de la oposición y la crítica ofensiva cualquier tendencia a presentar la cuestión de una manera realísticamente objetiva.

Dice *The Economist*: «De lo que hace falta darse cuenta es que los derechos civiles es un problema blanco, no negro. La segregación, la privación, la enajenación del negro: éstas son cosas de las que ha sido causante la mayoría blanca de los Estados Unidos. Si se ha de producir cambio, sólo puede ser la consecuencia de lo que haga la gente que tiene poder para tomar decisiones, es decir la comunidad blanca. Este hecho brutal es percibido por la mayoría de los negros, aunque sólo por pocos blancos.»

Algún tiempo después de haber sido escritas estas líneas llegó la noticia del incendio y destrucción de una iglesia negra en la ciudad de Wichita, Estado de Kansas, que se encuentra fuera de lo que tradicionalmente se considera como el «cinturón negro» de los Estados Unidos. Y también la noticia de algo acaso más llamativo todavía: el comienzo de los ejercicios de tiro en el polígono de la Policía de Davenport, una ciudad del Estado de Iowa, de las amas de casa blancas, organizadas ya para la lucha activa en defensa de unos derechos de propiedad que se cree están amenazados por el *Black Power*.

Aquellos actos de represalia y venganza de la *resaca blanca* contra los evidentes progresos de la lucha por los derechos civiles, que se tradujeron en cosas como lanzar una bomba contra el local de una iglesia negra sudista, en la que niños negros asistían a una escuela dominical, parecían estar perdiendo del todo el carácter de unos episodios enteramente locales y perfectamente localizados en las tierras y el ambiente del terror simbolizado por las cruces en llamas del Ku-Klux-Klan y la explosión espontánea de los linchamientos. De la corriente rápida, impetuosa, del movimiento de los derechos civiles salieron los remansos en los que, en un agua desviada de la corriente principal y

arremolinada, se fue generando y desarrollando un movimiento especial de resistencia y de revancha. El espectáculo que pudo dar la Cámara de Representantes, al contestar a lo que sucedió en Newark y en Detroit con un proyecto de ley contra los desórdenes, que busca imponer severas penas, con años de prisión y miles de dólares de multa, contra cualquier clase de actividad que, para la incitación y el fomento del desorden, recurra al procedimiento del traslado personal de un Estado a otro, incluso al uso del servicio de Correos con esa finalidad, y al rechazar un modesto proyecto de ley para la financiación federal, con unos cuarenta millones de dólares, de una campaña de desratización en las ciudades—en los *ghettos*—, donde las ratas son un serio peligro para la salud y la vida misma de mucha gente, con lo que pudo producir la impresión de entregarse a la venganza rabiosa, que sólo en la explosión de grandes, generales, risotadas había podido encontrar una expresión adecuada. Porque la risa fue, en este caso, la medida genuina del desprecio de un sector importante de la Cámara de Representantes de las gentes llamadas a recibir beneficio de un programa de limpieza y saneamiento. Aquel proyecto de ley de desratización quedó ahogado, al menos de momento, en la explosión de risas que siguió a una interrupción, cuando estaba siendo defendida la propuesta, hecha para preguntar: «¿Se nombrará a un alto comisario para las ratas?»

Son situaciones así las que acentúan el carácter del conflicto, que va generando en lucha. En una lucha justificada por la existencia, en el interior de un mismo país, en el interior de las ciudades de ese mismo país, de antagonismos irreconciliables. De tal modo irreconciliables que el convencimiento mismo, ampliamente razonable, de que las consecuencias de un choque irracional como el que ha destruido una parte de la ciudad de Newark, una parte mucho mayor de la ciudad de Detroit en este cuarto verano del descontento en los Estados Unidos, han de pesar de manera abrumadora, casi exclusiva, sobre la propia minoría negra, el 11 por 100 de una población total que está tocando casi los 200 millones de habitantes. Es como si la sensación misma de lo que pudiera salir de una «amarga guerra racial, de estilo guerrillero o no...», las matanzas en masa de negros por los soldados y eventualmente los campos de concentración, de una forma u otra», de lo que habla *The Economist*, sólo pudiese conducir a la desesperación de hacer que la lucha, con todas sus consecuencias, sea irremediable. Porque, en fin de cuentas, son varios ya los dirigentes y portavoces del *poder negro* que han coincidido en una cosa:

«Si no luchamos ahora (los blancos) nos llevarán a las cámaras de gas dentro de otros diez años.»

¿Tan dramáticamente horrible es ya la situación?

* * *

Lo realmente malo en situaciones como ésta a que parece haberse llegado en los Estados Unidos es que hay allí una minoría de la población que, por razón de ciertas características fácilmente observables, se siente desplazada, postergada y explotada. Y condenada a una vida que no deja sitio para la esperanza. Tan sombrío, tan negro, es en estos momentos el horizonte que *The Times*, de Londres, siente la necesidad de pensar en una riqueza en estado de expansión que puede ser compensación gradual de ese estado de frustración en que el negro norteamericano se encuentra, algo parecido a lo que, «de una manera diferente», se hizo por Europa con la frustración proletaria. La alternativa—añade—parece ser otra oleada de violencia en los Estados Unidos dirigida principalmente contra los escaparates de las tiendas, el establecimiento de guarniciones en las ciudades y quizá un código de comportamiento de estilo feudal para reducir la fricción racial, desprovisto de todo calor humano. Mientras tanto, la posición de los Estados Unidos en el mundo, para la que es tanto lo que sale de la coherencia social y la moralidad política, habrá de sufrir las consecuencias».

Deja todo esto, sin embargo, la sensación de insuficiencia; o, peor aún, de falta de sentido, que suele hacer inevitable compañía a todo enjuiciamiento sereno de situaciones en las que ha sido nota dominante el apasionamiento acalorado y violento. Para los que sueñan todavía con Newark y Detroit como un toque de clarín con el que se llama la atención hacia un mal que necesita atención y corrección urgentes, está el recuerdo de Watts, los sucesos de dos veranos atrás, en los que se pudo tropezar—en el curso de investigaciones e informaciones oficiales y privadas, colectivas e individuales—con muchas, todas más bien, de las cosas que volvieron a llamar la atención, envueltas en sangre y llamas, todo ello vestido de roja especularidad, en la misma, aunque agravada, forma en que ya lo había hecho el gran *ghetto* negro de Los Angeles.

Por esos mismos días en que había habido docenas de muertos y miles de incendios en más de treinta ciudades norteamericanas a lo largo de este verano de 1967, en los escaparates de las librerías estaba a la vista el libro

de Robert Conot, *Rivers of Blood, Yearse of Darkness*, en el que se hace una descripción del Watts, que en el verano de 1965 pudo haber sido ese toque de clarín, que, de haber sido escuchado, hubiese evitado la tragedia de Newark y, sobre todo, de Detroit. En el se habla de todo lo que se ha vuelto a hablar ahora, de miseria y descomposición, de guardias duros y de jóvenes con una inclinación acaso irresistible al robo y el saqueo, de casas infestadas de ratas y de tiendas de propiedad blanca en las que el negro tenía forzosamente que pagar precios muy superiores a los que solía pagar el blanco, en otras partes de la ciudad, por artículos casi siempre de mejor calidad.

Como en el caso de Detroit con sus choques raciales en 1943, el Watts de 1965 se ha convertido en centro especial de atracción de sociólogos e investigadores, y lo que de allí ha salido adquiere una significación especial, cruel y desalentadora, el ser leído ahora, en los días casi insoportables de este verano de 1967. Por todo, y acaso en primer y más conspicuo lugar por lo que salta de las páginas del informe en el que se resumen las conclusiones a que ha llegado una misión especial de investigación de la Universidad de California, Los Angeles, al cabo de dos años de trabajo sobre lo sucedido en Watts. Como si quisiera llegar en seguida, sin pararse en los ojos, hasta el alma y la conciencia de toda una nación.

«En torno a los choques (raciales)—dice—va surgiendo todo un cuerpo de mitos. Están centrados en torno al esfuerzo que busca establecer una distinción entre el *negro bueno* y el *negro malo*... Esto desemboca en el juego de los números, para hacer cálculos sobre el porcentaje total de los *negros malos* (del 2 al 5 por 100 parece ser lo más popular) y a la racionalización sobre el mejor uso de la Policía para darles el trato merecido.»

Pero lo que desde este punto de vista «descubrió» esa misión especial bien podría ser un motivo más de descontento. Y acaso también un argumento serio en favor de una política de represión más resuelta, más eficaz y, ante todo, más inmediata. Porque, advierte, alrededor del 15 por 100 de la población adulta de Watts tomó parte activa en los choques de 1965, y de todo lo demás, alrededor del 35 al 40 por 100 aparece clasificada en la forma de espectadores «activos» y haciendo ostentación clara de aprobación de lo que estaba sucediendo.

Dice Frederick J. Hacker, psiquiatra de la Universidad de California, blanco, que lo que sucedió en Watts fue, visto por la población de ese *ghetto* negro, «la metamorfosis de los negros... para pasar de víctimas—objetos históricos—a amos... La gente de Watts tuvo durante esos cuatro días la sensa-

ción de ser la representación de todos los negros; la situación de agobio de los negros; de resumir todas las rebeliones contra toda la injusticia... Lo que ha de ser comprendido por el resto de los Estados Unidos es que, para el negro de la clase más baja, los desórdenes no son un delito, sólo un arma legítima en una guerra civil moralmente justificada.»

* * *

Al resumir la situación a que se ha llegado, este verano de 1967, *The Washington Post* dice, editorialmente:

«Los desórdenes han hecho un daño inmenso e irreparable a la estructura de las ciudades y a la marcha de los derechos civiles. La cuestión es ya si el orden se habrá asegurado eventualmente; ciertamente, sí ha de quedar asegurado. El motivo principal de preocupación para nosotros ha de ser la manera en que esto se haga. La cuestión real es la más antigua de las cuestiones de la República norteamericana, una con la que se ha encontrado muchas veces, una a la que siempre se responde de manera distinta y a un precio nuevo. La cuestión es si una nación de hombres libres puede alcanzar, y al mismo tiempo, la justicia social también.»

Alguna vez se llega incluso, dando palos de ciego, a generalizar de tal modo que resulta permisible enmarcar y definir la cuestión racial, el aspecto central y dominante de lo que, por el interior del país, dio lugar a que los Estados Unidos fuesen tema de general y apasionada discusión a lo largo de todo este verano de 1967. Intencionadamente o no, parece haberse buscado en ello una explicación a la vez que una justificación especial para lo que ha venido sucediendo, parte acaso agravada, pero parte nada más, de un fenómeno tan hondo y tan vasto como las consecuencias de un proceso de civilización que ha permitido, entre otras muchas cosas, concentrar el 70 por 100 de la población de los Estados Unidos en el 1 por 100 de toda su extensión superficial. Es el problema aterrador de la desaparición rápida de la vida rural para hacerse urbana y, al mismo tiempo, del estado de grandes, a menudo sensacionales, cambios que se traducen en la transformación y la desintegración del centro, la médula, el alma misma de las ciudades a medida que su vida más opulenta y activa, la vida humana representada por el rico y la vida económica representada por la industria, que se aleja suburbios adelante en busca de espacio adecuado para su desarrollo, va dejando el casco urbano, en otro tiempo floreciente y animado, en un centro de ruinas y descomposi-

ción, en condiciones óptimas de habitabilidad para los despojos humanos y para las ratas. Todos los años, cientos de niños—a menudo adultos también—son objeto de tratamiento en los servicios municipales de Nueva York. Y se sospecha que hay muchos casos más de mordedura de ratas en brazos y piernas y, sobre todo, en partes especialmente sensibles, como los labios, las fosas nasales, los ojos, etc. Todo eso, sin embargo, es parte de lo mismo, de un proceso de civilización que sigue adelante.

De un proceso que un día hizo de las ciudades deslumbrantes centros de civilización, ahora en vías de cambio y desvanecimiento para su transformación en la sucia y monótona desolación de los *ghettos*, en *smog*—mezcla de humo y de niebla de los grandes centros industriales, a la vez que de población—y descomposición social. La perspectiva, en fin, de «una existencia sin aire, sin agua, sin alegría y acaso sin esperanza también», que podría ser, según el secretario de Agricultura de los Estados Unidos, Orville Freeman, la vida en las *metamegalópolis* norteamericanas del año 2000, de un año que está dentro de la posibilidad de lo que puede ser parte activa de la existencia de la porción mayor, con mucho, de su población actual.

Sólo en ocasiones, sin embargo, y de manera casi siempre transitoria, se consigue por el camino de la generalización desviar la atención de lo particular con características de permanencia. Sobre todo cuando se vive en un ambiente como ese de ahora, de este verano crítico en la vida de los Estados Unidos, con una guerra muy peligrosa y muy cara al otro lado del Pacífico, con una situación sumamente incómoda en Hispanoamérica o en Europa y con un alarmante estado de desorden por el interior mismo de la nación que hace unos pocos años nada más se sentía en cierto modo halagada al escuchar que la causa real de todos los males y trastornos que podían afectarla eran la consecuencia directa de la enorme, desmesurada importancia que una sociedad opulenta había dado a los *gadgets*, esos miles de instrumentos, artefactos y artimañas que parecían salir de una imaginación destinada a crear necesidades nuevas allí donde todas las necesidades tradicionales habían quedado ampliamente satisfechas.

Para tropezar de pronto, inesperadamente, con algo tan insoportable como este horrible verano de 1967 y con definiciones tan incómodas como la de Mary Piven, de la Universidad de Columbia: «Nuestra sociedad siempre castiga a la gente antes de empezar a prestarle ayuda.» O la de Robert Waite, uno de los consejeros y ayudantes del alcalde de Nueva York, con una actividad que tiene su radio de acción específica en Harlem, que ha comparado

este inmenso *ghetto* negro y portorriqueño, que ha sido ya escenario de choques sangrientos y podría volver a serlo en cualquier momento, con «un país subdesarrollado».

Eso es, en cierto modo, con tremendas agravaciones a menudo, la vida en los *ghettos*, que son ya parte inseparable de la vida de las ciudades norteamericanas: una vida comparable a la de los pueblos y países subdesarrollados del mundo y sobre la cual se va a celebrar, en la primera parte del año que viene, otra conferencia, la segunda de la U. N. C. T. D., que promete ser agitada. Aunque sin llegar a ninguna conclusión práctica. Por lo menos, aceptable para los países industrializados, en cuyas manos pudiera estar la única solución que no fuese concebida en términos catastróficos.

Que es, posiblemente, en lo que se podría pensar sobre los Estados Unidos en estos momentos en que se sigue hablando de ayuda al Vietnam del Sur o el Congo para garantizar en un sitio y el otro la existencia de condiciones favorables a la creación y desarrollo de la vida en un ambiente de libertad, independencia, democracia y horizontes ilimitados para el progreso hacia un estado perfecto de igualdad y justicia económica y social. Un mundo de subdesarrollo dentro de los propios Estados Unidos tan necesitado de ayuda, por lo menos, como todo lo que por el exterior ha podido recibir—ha recibido casi siempre en medida generosa—ayuda norteamericana oficial y privada. No en balde se ha puesto de moda hablar de un «Plan Marshall» para corregir y resolver el problema de los *ghettos* norteamericanos, un «Plan Marshall» que para dar resultados medianamente satisfactorios acaso necesitase para los diez años próximos algo del orden de las diez o veinte veces por encima del costo del «Plan Marshall», que hizo posible la rápida rehabilitación y reconstrucción de una parte de la Europa que había sido devastada por la segunda guerra mundial.

Algunos de los rasgos fundamentales de este mundo de subdesarrollo dentro de los Estados Unidos están en un informe reciente sobre el problema del paro del Departamento de Trabajo de los Estados Unidos y el Departamento de Trabajo del Estado de Nueva York, que colaboraron en la preparación de lo que ha sido bautizado como un «índice de subempleo».

Aparece aquí una clasificación especial, la del «subempleo», en la que se agrupa a los que tienen ocupación sólo parcial y en puesto de remuneración especialmente baja, pero que no dejan de buscar, de tratar de encontrar un empleo regular y normal, junto con lo que se designa como los *drop-outs* (despojos y residuos) de la sociedad, así como aquellos que se sabe viven en:

los *ghettos* en circunstancias especialmente desfavorables, aunque sin llegar a figurar en las estadísticas de ocupación o de paro. La situación que sale de este estudio es algo aterradora. La tercera parte, por término medio, de la población de los *ghettos* de ocho ciudades norteamericanas está desocupada, o sólo parcialmente ocupada, en tareas que de por sí no pueden proporcionar los elementos mínimos indispensables para lo que en los Estados Unidos se consideran ser unas normas de vida decorosa.

Dicen los resultados a que, por este lado, se ha llegado:

INDICE DE PARO EN VARIAS CIUDADES NORTEAMERICANAS

	PARO TOTAL (%)	SUBEMPLEO (%)
Promedio para los Estados Unidos.....	3,7	—
East Harlem	9,0	33,1
Central Harlem	8,1	28,6
Bedford-Stuyvesant	6,2	27,6
(Tres barriadas de la ciudad de Nueva York)		
Boston (Roxbury)	6,9	24,2
Nueva Orleáns	10,0	45,3
Filadelfia	11,0	34,2
San Luis	12,9	38,9
Fénix	13,2	41,7
San Antonio, Tejas	8,1	47,4
San Francisco	11,1	24,6

En todas partes la situación es poco más o menos idéntica. La variación principal está en el número de parados en una y otra clasificación, un poco más alta o un poco menos alta, pero siempre terriblemente alta. Por lo demás, apenas es posible notar otra cosa que la uniformidad de la desesperación, que en estos casos dice que son muy pocas las perspectivas, menos cada día, de que el parado en estas condiciones, total o parcial, pueda salir de la situación en que se encuentra. Como no sea, es decir, para salir de una clasificación de paro parcial y caer en la clasificación de paro total.

Porque, a pesar de que en los últimos tres años han surgido en los Estados Unidos 4.348.000 nuevos puestos de trabajo, de ellos 71.800 en la ciudad de Nueva York, este proceso de paro y subempleo ha ido avanzando y em-

peorando de día en día. La gran mayoría de los nuevos puestos de trabajo, en fábricas, oficinas y servicios, hacen necesarios conocimientos técnicos y un alto y creciente grado de especialización, lo que no es posible encontrar, por lo general, en la población de los *ghettos*.

* * *

Dice Herbert Beinstock, director regional del Buró de Estadística Laboral de los Estados Unidos para Nueva York:

«El Sur sembró vientos y las ciudades principales del Norte y Oeste, con la mayor población negra, están recogiendo la tempestad de un paro y una desesperación interminables.» No es el negro la única víctima de la situación a que se ha llegado: afecta en mayor o menor medida a todo inmigrante pobre, el portorriqueño en particular, que por lo general parece condenado a caer en una situación desesperada o continuar para siempre en la situación en que ya se encontraba, y que por eso mismo, en un intento supremo por salir de ella, había tomado el camino de la emigración. Lo que hace que la situación adquiera un color especial y característico es el hecho de estar formada esta emigración por negros en una gran mayoría y de afectar a la mayor parte ya de la nación, mientras que la parte de esta emigración (inmigración en el caso de las ciudades afectadas) que no es negra es, no sólo menor, sino que está resumida casi exclusivamente en la situación especialmente crítica en que se encuentra la ciudad de Nueva York.

Un rasgo dominante de esta emigración es el estar formada por gentes sin especialización para otra clase de trabajo que el realizado en el campo, una especialidad que no tiene sitio ni aplicación posible en los centros industriales del norte y el oeste del país. «Desde 1947—dice Mr. Beinstock—se ha producido en los Estados Unidos una caída neta de casi 4.000.000 de puestos de trabajo en el campo, y de ellos 700.000 corresponden a los tres últimos años.»

La emigración del Sur al Norte, dentro de los Estados Unidos, que empezó antes de la primera guerra mundial, alcanzó vastas dimensiones después de la segunda, cuando se produjo un gran impulso «en el desarrollo de la revolución tecnológica en la agricultura. Pero—añade Mr. Beinstock—se dio también un gran salto en los puestos, bien pagados en las fábricas de guerra, por vez primera al alcance del negro.» Para llegar hacia la mitad de los años 50 a una situación en la que el progreso tecnológico afectó de lleno a las fábricas y, con ello, muchos negros que podían ocupar puestos donde eran necesarios

algunos conocimientos y experiencia se vieron desplazados. Por si esto no fuera suficiente, empezó el movimiento de las fábricas mismas de las ciudades hacia los suburbios. En el curso de una década, la ciudad de Nueva York perdió en su casco urbano 200.000 puestos de trabajo con una mayor o menor especialización como característica dominante. Una situación que se ha visto grandemente agravada con la llegada a una edad apta para el trabajo de la generación, especialmente abundante, nacida en los años de la segunda guerra mundial.

Por unas causas y otras, y a menudo por una conjunción de causas—una creciente especialización deja los nuevos puestos de trabajo fuera del alcance de una población deficientemente formada, y el traslado de los pueblos de trabajo del centro de una ciudad hacia los suburbios, a veces muy alejados, hace prácticamente imposible la presencia allí del residente de un *ghetto*, sin medios posibles para el desplazamiento diario y sin posibilidad alguna de hacer traslado de la residencia del *ghetto* a los suburbios—, se ha llegado a una situación como esta de ahora, que ha movido a Whitney M. Young, Jr., director ejecutivo de la Liga Nacional Urbana, a decir: «En la clase de selva en que viven estas gentes (los residentes de los *ghettos* negros) se necesita una gran fuerza para sobrevivir. ¡Si sólo pudiésemos construir sobre esta fuerza!»

Lo que ha sucedido hasta ahora es que esa fuerza, si en alguna ocasión existió, se ha ido debilitando. En los días en que Detroit estaba siendo destruida en una sexta parte se habló de una situación que presentaba, en forma insospechada, lo que había sido descrito como una ciudad modelo en materia de relaciones raciales y esfuerzos prácticos para hacer más habitables y decorosas las partes más envejecidas y ruinosas de la ciudad, aquellas en las que estaba concentrada la población con más limitados recursos económicos, puesto que sus ingresos medios eran de poco más de la mitad de la media anual nacional. Allí, en el *ghetto* negro de la ciudad más progresista en materia de relaciones raciales de los Estados Unidos, el saquito de harina de 14 libras costaba 14 centavos (8,4 pesetas) más que en Grosse Point, la zona residencial de la porción más acaudalada de la población, y los huevos costaban 25 centavos (15 pesetas) más la docena, y la lata de guisantes 12 centavos más. Y un receptor de televisión, que estaba marcado en 124,95 en la parte comercial de la ciudad, costaba 189 dólares en el *ghetto* negro.

No hacía falta, pues, salir de los Estados Unidos para encontrarse con situaciones espectacularmente llamativas, como cuando el senador Percy, una de las figuras más prometedoras del partido republicano, habla de la situación

terriblemente confusa de una nación que estaba haciendo tanto y a tan elevado coste por los 17 millones de sudvietnamitas y tan poco y a tan bajo coste por los 20 millones de negros norteamericanos. Era lo que Rap Brown, el nuevo jefe del S. N. C. C., definía como la «conspiración del genocidio del repugnante blanco» en el momento de recomendar al negro: «Deja de comparar todos esos grandes automóviles este año. Cuando tengas dinero, dáselo a los hermanos que van a luchar y hacer posible así que consigan algo.» En este caso, «algo» son armas y munición para que la perspectiva de lucha sea más desalentadora. La actitud de muchos negros, más cada día, ha sido resumida por Roger Williams, jefe del llamado Servicio de Relaciones Comunes, al hablar de las conquistas y los progresos de la incorporación del negro a la vida constitucional de los Estados Unidos. «El problema—dijo—es la manera en que vive la gente. Queremos cambiar la manera en que la gente vive. Todo lo demás son tiritas y pirulíes.»

JAI ME MENÉNDEZ.

